
SARAH DESSEN
«Sarah Dessen es una estrella del rock de la literatura juvenil». The New York Times
CAMBIO de PLANES
Finley
GRANTRAVESÍA

CAMBIO *de* PLANES

SARAH DESSEN

CAMBIO *de* PLANES

Traducción de
Sonia M.ª Fernández Ordás

GRANTRAVESÍA

Cambio de planes

Título original: *Change of Plans*

© 2026 Sarah Dessen

Publicado según acuerdo con Simon & Schuster Books For Young Readers,
un sello editorial de Simon & Schuster Children's Publishing Division.

Traducción: Sonia M.ª Fernández Ordás

Ilustración de la portada: © 2026 Nash Weerasekera
Ilustraciones de la contraportada y la solapa: ISTOCK.COM/LIANA2012L
Diseño de la portada: Lucy Ruth Cummins

D.R. © 2026, Editorial Océano, S.L.U.
C/ Calabria, 168-174 - Escalera B - Entlo. 2ª
08015 Barcelona, España
www.oceano.com

D.R. © 2026, Editorial Océano de México, S.A. de C.V.
Guillermo Barroso 17-5, Col. Industrial Las Armas
Tlalnepantla de Baz, 54080, Estado de México

Primera edición: 2026

ISBN: 979-13-991155-2-9 (Océano España)
ISBN: 978-607-584-270-7 (Océano México)
Depósito legal: B 17858-2026

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del editor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. La infracción de los derechos mencionados puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. El autor y la editorial no se responsabilizan del uso indebido de su contenido.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) o a CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los derechos de autor, www.cempro.org.mx) si necesita reproducir, fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

IMPRESO EN ESPAÑA / *PRINTED IN SPAIN*

9006047010926

Para Sasha

CAPÍTULO UNO

Siempre resultaba incómodo cuando nos reuníamos todos. Pero ¿esto? Esto era insoportable.

—¡Venga, intentad fingir que os caéis bien! —dijo el padre de Colin, que sujetaba el teléfono tapando la lente de la cámara con un dedo. Sin darse cuenta, continuó dándonos instrucciones a gritos—. Finley, apriétate un poco más contra tu madre. Y tú, Marisol, ponte al otro lado.

Sentí que mi madre, pegada a mí y siempre con los nervios a flor de piel, se ponía aún más tensa. Siempre suponía una prueba para ella estar con el resto de mi familia —mi padre, mi madrastra, los mellizos Will y Piper y Leo, el bebé— porque…, bueno, porque éramos muchos. Y ella estaba acostumbrada a estar sola, excepto cuando estaba trabajando o conmigo.

No tenía ni idea de lo que hacía el resto del tiempo. Tratándose de quien me había traído al mundo, era curioso que siguiera siendo un misterio.

Marisol, mi madrastra, hizo lo que le indicaban y se apretó a mi derecha. Tenía a Leo en brazos, muy inquieto —ya hacía un buen rato que había pasado la hora de la siesta—, y al mismo tiempo intentaba evitar que mi hermano Will le diera

un puñetazo a Piper pasando el brazo por detrás de mi padre. Que tenía cara de agotamiento. Como siempre.

—Joel —dijo la madre de Colin mientras su marido le pedía a mi madre que se apretara más—. Haz la foto ya.

—Por favor. —Heather, la hermana de Colin, se protegió los ojos con la mano—. Hace mucho calor aquí fuera.

—¡Es la graduación! Tiene que salir perfecta. Ya casi os tengo a todos.

—¿Seguro? —dijo Colin colocándose a su espalda. Le quitó el teléfono, destapó la lente y después retrocedió un paso y se inclinó, encuadrándonos inmediatamente a todos. Mi héroe. Aunque prácticamente hubiera pasado todo el tiempo saludando, repartiendo abrazos y chocando los cinco con toda nuestra clase mientras yo tenía que soportar todo esto. Cuando has sido presidente del Consejo de Estudiantes, nunca dejas de serlo.

—Muy bien, atentos todos: decid «¡Finley es genial!».

—¡Finley es genial! —repetimos todos, aunque sólo oí a Will, que decía todo a gritos. Clic. Clic. Observé la postura incómoda de Colin mientras hacía las fotos y de nuevo agradecí en silencio que hiciera las cosas más fáciles. Su familia era una unidad sólida: padres que llevaban más de veinte años casados, hermana mayor ya en la Universidad de Defriese y también postulándose para un cargo en el Consejo de Estudiantes. Colin, la persona más ambiciosa que conocía, era considerado el vago de la familia.

Mientras tanto, en nuestro desastre de casa solíamos andar justitos de dinero, los pañales y las piezas de LEGO se habían apoderado del territorio y siempre había alguien que se dejaba abierta la puerta del frigorífico. Mi madrastra era un encanto, pero siempre estaba agotada, como mi padre, a quien el día

anterior había sorprendido echando una cabezada en el coche delante de nuestra casa; se había quedado dormido justo después de apagar el motor y sin haber sacado aún la compra del maletero.

Y luego estaba mi madre, Catherine Finley Hope, que ahora estaba a mi lado, muy erguida y con las gafas de sol puestas, mirando a Colin y a la cámara. Con su vestido y americana negros y el pelo recogido parecía tan fuera de lugar en el jardín del Instituto Jackson como en cualquier otro sitio que no fuera un despacho o una sala de juntas. Una mancha oscura, inquietantemente silenciosa mientras Colin pedía otra ronda de «¡Finley es genial!» y mis hermanos subían el volumen. Incluso en medio de aquella algarabía, era plenamente consciente de que mi madre no había abierto la boca.

Lo que decía: incómodo.

—¡Ahora una todos juntos! —dijo el padre de Colin justo cuando por fin empezábamos a reivindicar nuestro espacio personal. Miré a la señora Frisbee, pero ya se estaba ocupando de la situación recordándole con tacto que íbamos a llegar tarde a la comida en el restaurante que habíamos reservado, en cuyo interior podríamos hacer un montón de fotos. Y Colin ya le estaba devolviendo el teléfono a Marisol; o intentándolo, porque Leo se lanzó a por el pecho de su madre (lo que más le gustaba) mientras ella trataba de taparse.

—Voy a llamar al restaurante para decirles que vamos de camino —dijo mi madre; su voz suave y firme siempre lograba llegar a mis oídos independientemente del caos que la rodeara.

—Mamá, Will me ha vuelto a pegar —dijo Piper en tono acusador.

—Chisss —le dijo mi padre haciéndose cargo de Leo. Marisol agarró a un mellizo con cada mano y se los llevó a donde no

tuviéramos que oírlos. Lo pasaba fatal cuando montaban algún numerito, pero, con mi madre de espectadora, todavía peor.

—¡Venga, todos al Luna Blu! —La señora Frisbee dio unas palmadas—. Tenemos el comedor privado del fondo gracias a Catherine. Todavía no entiendo cómo has conseguido reservarlo. ¡Me juraron que tenían todo ocupado!

Al oírla, mi madre puso su sonrisa profesional; en realidad, la única que sabía poner: rápida, comedida, sin apenas enseñar dientes.

—Tengo un contacto.

—Me muero de ganas —dijo el señor Frisbee frotándose las manos—. Me he pasado toda la ceremonia pensando en esos famosos pepinillos fritos.

—Ah, muy bonito, papá —dijo Colin—. Me alegra que disfrutaras de mi discurso.

—Soy capaz de pensar en comida y prestar atención a la vez —afirmó su padre mientras la señora Frisbee se echaba a reír—. Me ha gustado especialmente la parte en la que decías que tu padre era tu inspiración. Y la cita de Churchill. Un bonito detalle.

Al oírlo, Colin sonrió. Siempre apuntaba alto, pero yo sabía lo importante que era para él la aprobación de su padre.

—Hay que saber cuándo usar las palabras adecuadas.

—Chico listo.

El señor Frisbee le dio un abrazo mientras su esposa y Heather los miraban sonrientes. De nuevo sentí que, como familia, eran una especie de luz cálida que me atraía. Deseé poder cobijarme en ella para siempre.

—Finley. Enhorabuena.

Me volví y vi a la señorita Fallon, mi profesora de Lengua y Literatura. Siempre había sido mi profesora favorita de Jackson,

incluso desde antes de que accediera a dirigirme el trabajo final del bachillerato de excelencia, un proyecto de historia oral en una residencia de ancianos.

—Gracias —respondí echando una mirada a Colin, que seguía hablando con Heather y sus padres. De pronto, me di cuenta de que mi madre estaba a mi lado y añadí—: Hum…, ésta es mi madre, Catherine. Mamá, ésta es la señorita Fallon. Ya te he hablado de ella.

—Desde luego. —Mi madre le tendió la mano. Con aquel traje impecable, era la antítesis de la señorita Fallon, que llevaba un vestido que había visto en Cork, la tienda de saldos donde yo también solía comprar—. Por lo que me ha contado Finley, ha sido usted una gran influencia y una gran mentora.

Me sonrojé. Por supuesto, era capaz de sintetizar en pocas palabras con lenguaje profesional algo que yo ni siquiera habría sabido describir. La señorita Fallon sonrió.

—Ha sido un placer. Tiene usted una hija estupenda. Estoy deseando saber qué va a hacer por fin el curso que viene.

Al oírla, sentí una punzada de pánico. Sólo dos personas sabíamos que me habían admitido en la universidad de mis sueños, Pacchiana, y que la había rechazado para ir a la misma universidad que Colin: la señorita Fallon y yo. Mi intención era que no se enterara ella tampoco, pero tenía un amigo en el departamento de admisiones. Me vino a la cabeza la imagen de su cara de desilusión cuando le conté mis planes, aunque se recompuso inmediatamente. En estos dos años podía haberla hecho sentir muchas cosas, pero nunca decepción. Hasta ese momento.

—La universidad le ofrecerá un montón de oportunidades —dijo mi madre—. Yo también soy antigua alumna.

Tenía que dejarlo claro, cómo no. La señorita Fallon era inteligente, culta, alguien a quien yo admiraba. A mi madre le bastaba la mitad de eso para sacar a relucir su instinto competitivo.

—Cierto —corroboró la señorita Fallon—. Aunque estoy segura de que coincidirá conmigo en que a Finley le irá de maravilla en cualquier sitio.

Al oírlo, mi madre se quedó callada de repente. No fui capaz de ver la expresión de sus ojos tras las gafas de sol. Los asistentes a la ceremonia empezaron a dispersarse por el aparcamiento y por primera vez fui consciente de que, ahora sí, todo había terminado. El instituto. Mis dos años en Jackson. Después de toda la preparación y de la «gira de despedida» que había supuesto el último curso, fue justo en ese momento cuando de pronto me di cuenta.

—¡Finley! —exclamó Colin. Miré y lo vi junto a sus padres y al mío, y a Marisol un poco más allá con los tres niños, intentando llevarlos al coche—. ¿Lista?

Al mirarlo volví a sentir aquella calidez. Qué importaba quién supiera qué otros caminos se me habían abierto. Éste era el que yo había elegido.

Conocí a Colin Frisbee el día que empecé el bachillerato en Jackson. Fue como entrar en otro mundo. Hasta entonces, había pasado toda la vida en el Colegio Fountain, el centro privado alternativo donde daban clase mi padre y mi madrastra. Pero, tras una vida entera con los mismos compañeros, estaba decidida a darle un cambio. Así que dejé que mis amigos siguieran explorando sus emociones sentados en círculo mientras yo exploraba la escuela pública. Parecía una idea genial hasta que tuve que entrar sola aquella mañana bochornosa de agosto.

Mi primera clase era Historia de los Estados Unidos, y cuando llegué al aula vi que ya estaba casi llena y quedaban muy pocos pupitres libres. Los examiné mientras valoraba mis opciones. Podía sentarme junto a un chico fornido que llevaba una camiseta sin mangas y dibujaba logos de videojuegos en su cuaderno. O con dos chicas que ya tenían los ordenadores encendidos y los libros encima de la mesa, listas para empezar. La última opción era sentarme junto a un chico de pelo corto y castaño que vestía una camiseta verde y unas chancletas muy gastadas y se tamborileaba la sien con un lápiz. Decidido: puerta número tres.

Justo cuando me senté sin hacer ruido, la señorita Hernández, ya frente a la clase, dio unas palmadas.

—¡Hola a todos! Esto es Historia de los Estados Unidos. Si alguien se ha equivocado de clase, éste es el momento de marcharse con estilo.

Silencio. No se fue nadie. La profesora continuó.

—¡Genial! Este semestre vamos a aprender la historia de este gran país nuestro. Aunque supongo que creeréis que ya la conocéis bien. ¿Me equivoco?

Nadie parecía saber a ciencia cierta si se trataba de una pregunta retórica. Por si acaso, una de las chicas de los ordenadores empezó a levantar la mano.

—Bien, vamos a averiguarlo. Elegid un compañero.

Esto provocó una reacción, aunque no del todo positiva. Estaba claro que todo el mundo esperaba un comienzo de semestre más relajado. Pero ¿trabajar en parejas?

—Chicos —dijo la señorita Hernández con un suspiro—, esto no es el baile de graduación. Volveos hacia la persona que tengáis al lado o a vuestra espalda y presentaos.

Se oyó un gemido al fondo y después la clase empezó a moverse y a hablar. Yo estaba en el extremo de una fila, así

que me volví hacia el chico de la camiseta verde con la esperanza de que no se hubiera girado todavía hacia su izquierda. Y no se había girado. De hecho, allí seguía, con expresión expectante.

—Colin Frisbee —dijo tendiéndome la mano. Tenía un aspecto muy pulcro, rasgos proporcionados y una dentadura perfecta—. ¿Y tú eres…?

—Finley —respondí sintiendo que me estaba sonrojando—. Hope.

—Finley y Colin —repitió—. Suena como un dúo de cantautores. ¿Cantas bien?

—Hum… —repuse—. No.

—A mí tampoco es lo que mejor se me da. Supongo que mejor nos ceñimos a la historia, ¿no?

Y, con estas palabras, me regaló una sonrisa radiante. No una sonrisa normal, sino radiante, y la verdad es que hasta que conocí a Colin ni siquiera era consciente de que existiera alguna diferencia. Pero fue evidente la forma en que ese sencillo gesto iluminó su rostro y, me avergonzaba reconocerlo, también mi corazón. Madre mía. Más adelante, escucharía millones de historias sobre Colin y su sonrisa radiante: que todos hablaban de ella desde que era un bebé y que le hacía ganarse a todo el mundo, una de las cosas que lo convertían en un «político nato», decía su padre. Pero, en aquel momento, me pareció que aquella sonrisa radiante era sólo para mí. Y me gustó.

—Muy bien —dijo la señorita Hernández—. Ahora, sacad papel y lápiz. Voy a cronometrar diez minutos. Cuando diga «ya», quiero que escribáis los cincuenta estados.

En ese momento, una de las chicas de los ordenadores, que tenía el pelo negro y liso y llevaba gafas, levantó la mano del todo.

—Señorita Hernández, ¿es una competición?

—Eso es. El primer equipo que consiga escribir los cincuenta estados sin exceder el tiempo gana puntos extra.

—¿De verdad cree que esto es prudente? ¿Que todo el mundo será…, ya sabe…, capaz de gestionarlo?

Hubo un estallido de risas, aunque no entendí el chiste. Después me di cuenta de que la señorita Hernández miraba sonriendo a mi compañero.

—Colin, ¿crees que puedes hacerlo sin sufrir una crisis nerviosa? —le preguntó.

—No —respondió la chica del otro ordenador; se le escapó un resoplido de risa.

—Eso fue el año pasado —repuso Colin; era evidente que estaba siguiendo la broma y que ya venía de atrás—. Y podría añadir que quizá hubo alguna decisión no del todo imparcial por parte del árbitro.

—El árbitro era yo —dijo la profesora—, y la respuesta era incorrecta.

—¡Fue el año pasado! —repitió Colin haciendo reír a toda la clase—. Ahora soy un hombre nuevo. Por favor, proceda.

—Colin el competitivo —añadió la chica de las gafas—. Rezaremos por tu compañera. Pobrecita.

—Oh, Finley os va a hacer morder el polvo —respondió sin asomo de duda—. Ni siquiera tendré que ayudarla.

«¿Qué?», pensé.

—¡Ya! —exclamó la señorita Hernández, y la clase empezó a bullir de actividad. Colin escribió nuestro estado inmediatamente.

—Nos faltan cuarenta y nueve. ¿Cuál es nuestra estrategia?

—¿De verdad eres tan competitivo?

—No —dijo mientras escribía California, Oregón y Washington—. Bueno, es posible. Sí. ¿Qué tal se te da el Medio Oeste?

—No tan bien como crees, me temo —respondí—. Apunta Hawái y Alaska.

—Me da la sensación de que tienes instinto asesino. Tengo un sexto sentido para esas cosas.

Mientras hablaba, siguió apuntando estados a toda prisa: todos los de Nueva Inglaterra, el Sur profundo, Texas y el Golfo de México.

—Pon los que tienen norte y sur: Dakota y Carolina —dije. Me di cuenta de que la chica de las gafas que se sentaba detrás de él nos estaba escuchando y le hice un gesto con el lápiz para que se callara. Colin hizo un gesto de conformidad y juntó su pupitre con el mío de modo que quedamos uno al lado del otro al tiempo que me hacía sitio para que pudiera añadir más estados. Sin embargo, lo que hice fue aprovechar un hueco en la hoja para dibujar un mapa.

«Eres un genio», garabateó entre Virginia, Maryland y Tennessee.

Halagada, empecé a rellenar los estados del Atlántico Medio y después seguí hacia el oeste. Dudé un segundo con Arkansas y Míchigan, pero salí airosa. A nuestro alrededor, todos decían los estados a gritos, pero nosotros trabajábamos en silencio, casi con sigilo, sólo roto por el ruidito de nuestros lápices al escribir.

«Los que empiezan por W y por M», escribí a toda prisa cuando empecé a dudar de los del centro del mapa.

«Montana, Wyoming, Wisconsin, Minnesota», añadió. Después me miró con gesto interrogante. Chasqueé los dedos.

«Arizona, Nuevo México, Colorado, Utah», escribí.

—¡Las cuatro esquinas! —exclamó—. ¡Bien!

—¡Chisss! —Le di un manotazo.

—Ah, perdón —dijo. Sentí su mirada clavada en mí cuando me incliné de nuevo sobre el papel sin dejar de pensar.

—Quedan cinco minutos —anunció la señorita Hernández. Colin miró a las chicas que se sentaban detrás de nosotros.

—No te distraigas —dije—. ¿O quieres que después anden presumiendo por ahí?

Otra sonrisa.

—Podría enamorarme de ti —anunció abiertamente—. Ahí lo dejo.

No podía quedarme pensando en eso —bueno, quizá lo hice un segundo— porque sólo nos faltaban tres estados.

—Vamos, vamos… —murmuré recorriendo el mapa improvisado con el lápiz.

Colin también seguía pensando, mordiéndose un labio. «Indiana», escribió. «Illinois».

Sólo faltaba uno. Nos miramos. De pronto, recordar el nombre de ese último estado se convirtió en lo más importante del mundo.

Las chicas de los ordenadores soltaron un gritito y volvieron a juntarse sobre el papel. Colin me miró.

—Son de las que lo comprueban todo dos veces —dijo—. Ya lo tienen, no hay…

«Idaho», escribí. Levanté la mano en el acto.

—¡Terminamos!

—Tenemos una posible pareja ganadora —dijo la señorita Hernández acercándose—. A falta de mi visto bueno.

—¡Nosotras también! —exclamó la chica del pelo negro.

—¡Demasiado tarde, Kumara! —gritó Colin a su vez. Pero yo sólo estaba pendiente de la señorita Hernández, que reco-

rría con el dedo nuestra lista de estados. Cuando llegó al final, me miró.

—Ahora no va a haber quien lo aguante —me dijo—. Lo sabes, ¿verdad?

Pero me daba igual y no pensé para nada en ello cuando nos declaró campeones. Algunos compañeros aplaudieron, otros nos abuchearon, pero yo sólo prestaba atención a Colin, que me dedicó otra amplia sonrisa radiante y levantó una mano para chocar los cinco. Al hacerlo, cerró los dedos sobre los míos y me dio un apretón suave.

—Buen trabajo, Idaho —dijo. Aun en medio del barullo y el alboroto, lo oí con toda claridad. Y le devolví el apretón.

Idaho.

Aquella palabra se convertiría en mi mote, en nuestra broma particular, en el comienzo de todo. Sentados en Double Burger en nuestra primera cita, tres días después, decidimos que tendríamos que visitarlo, quizá dentro de un año, para conmemorar nuestra victoria. Daba igual que fuéramos menores de edad, que prácticamente no tuviéramos dinero y que probablemente seguiría costándonos trabajo situarlo en un mapa. Con Colin, todo parecía posible.

—¿Has estado alguna vez? —me preguntó hincándole el diente a otra hamburguesa. Comía como una lima, aunque era tan delgado que no sé dónde lo metía.

—¿En Idaho? —pregunté. Colin asintió sin dejar de masticar—. No. ¿Tú?

Hizo un gesto negativo y se sirvió unas patatas fritas de las que habíamos puesto en el centro para compartir, pero sólo después de asegurarse de que yo no era de las que les echaban la salsa por encima —«¿Eres de las que las encharcan? No

puedo salir con una persona que encharque las patatas»—, además de comprobar mi tendencia a echarles una dosis extra de sal.

—La única parte del país que conozco aparte de ésta es Chicago, que era el hogar de la *Frisbee Fam* hasta que el trabajo de mi padre hizo que nos mudáramos aquí cuando iba en segundo de secundaria.

La *Frisbee Fam*. No conocía a ninguna otra familia con sobrenombre. Me encantó.

—¿A qué se dedica?

—Es profesor de Ciencias Políticas en la universidad —respondió—. Cuando lo conozcas, procura no preguntarle por las elecciones o se pasará horas hablando.

Él también fue así desde el primer momento: un forjador de planes que ya daba por hecho un futuro compartido. No sólo por lo de Idaho, ni por preguntarme si encharcaba las patatas, ni por lo de ir preparándome para cuando conociera a su padre (que, efectivamente, sacó a colación una de las últimas decisiones del presidente y acto seguido empezó a enumerar los pros y los contras con todo lujo de detalles). También por cómo hablaba de sus amigos y de lo bien que les iba a caer —las chicas de los ordenadores, Hannah Klein y Nalini Kumara, eran dos de sus mejores amigas—, además de que yo le parecía perfecta para la velada de juegos en grupo que la *Frisbee Fam* celebraba todos los viernes después de cenar, otra tradición.

—¿Y tú? —preguntó— ¿Has vivido siempre en Lakeview?

Asentí mientras echaba más sal a las patatas de mi lado.

—Mis padres se conocieron aquí, en la universidad. Cuando se divorciaron, mi padre y yo nos quedamos.

—¿Dónde vive tu madre?

Al instante me vino a la cabeza una visión fugaz del piso donde vivía. Todas sus casas —y habían sido unas cuantas a medida que ascendía en el escalafón— respondían a la misma estética: moderna, elegante y minimalista.

—En Timlee —contesté—. Ahí es donde tiene la base, pero se pasa casi todo el año viajando.

—¿A qué se dedica?

Si se hubiera tratado de otra persona, me habría dado la impresión de que me estaba interrogando. Pero la curiosidad de Colin resultaba halagadora, incluso contagiosa. Su avidez por los detalles me hizo sentir interesante.

—Responsable de selección de personal para empresas. Básicamente, la persona que llega y dice a quién hay que despedir.

Abrió los ojos como platos.

—Caray. Qué intenso.

—Supongo —dije mientras mojaba una patata—. La verdad es que no la conozco demasiado bien.

Se produjo una pausa de apenas un segundo. Después preguntó:

—¿Y tu padre?

Sonreí.

—Da clase de Lengua y Literatura en el Colegio Fountain. Mi madrastra es profesora de infantil. Se conocieron allí, cuando ella me dio clase. Ahora tienen a los mellizos, mi hermano Will y mi hermana Piper, de seis años. Y a Leo, el bebé.

Se quedó sorprendido un instante.

—Espera. ¿Fuiste al Colegio Fountain?

Asentí.

—Toda mi vida, hasta este curso.

—Siempre me ha fascinado ese sitio —dijo. Se inclinó un poco más hacia mí—. ¿Es verdad que hay gallinas?

—Sí. Con su gallinero y todo. Íbamos a buscar los huevos y les dábamos de comer.

—Yo siempre quise tener una cabra —confesó—. Pero mi madre no estaba por la labor.

—Porque es lista —repuse—. La de Fountain era una pesadilla.

Parecía entusiasmado, como si todo aquello fuera añadiendo puntos a mi favor.

—¿También teníais cabras?

—Sólo una. —Colin se echó a reír—. Se llamaba Seymour.

—¿Me estás tomando el pelo? —Negué con la cabeza—. ¡Idaho! Eres fascinante. ¿Qué más secretos escondes?

Reí.

—Ninguno. Sólo lo de los animales.

—Bueno, los animales pueden dar mucho juego —dijo—. Me muero de ganas de que vengas a cenar un viernes. No vamos a parar de hablar de la cabra Seymour en cuanto nos sentemos a la mesa.

—¿En serio cenáis todos juntos los viernes? —pregunté—. Nuestra casa es demasiado caótica para hacerlo. A veces me tomo unos cereales y con eso ya ceno.

—Leigh Frisbee es una firme defensora de pasar tiempo en familia —dijo—. Leigh Frisbee no tolera los cereales en la cena.

—Leigh Frisbee da un poco de miedo —dije.

Sonrió.

—Qué va. Es genial. Su cocina es legendaria y cuanta más gente la disfrute, mayor es su felicidad. Por eso terminamos organizando la velada de juegos en casa. Los aperitivos eran demasiado buenos como para ir a otro sitio. Hablando de juegos, ¿qué tal se te da el Speculator?

—¿Speculator?

Se apoyó en el respaldo de la silla con cara de incredulidad.

—¿En serio? Es el mejor juego del mundo, sin discusión. Creación de asentamientos, construcción de cabañas, recolección de materiales, pieles… Lo tiene todo.

—¿Pieles?

Comió otra patata.

—Espera y verás, Idaho. Con tu instinto asesino y mi experiencia, seremos imparables.

Otra vez. El futuro, nuestro futuro, tan claro en su mente como si estuviera desplegado encima de la mesa como un tablero de juego. Yo que me había pasado el verano mentalizándome para todo lo desconocido que me iba a encontrar en otoño —el salto a un nuevo instituto y a una nueva vida—, y ahora aparecía este chico que no sólo estaba seguro de lo que le depararía el futuro, sino además de que iba a ser algo bueno. ¿Cómo no iba a enamorarme de él?

Pero no ocurrió esa noche. Ni en la primera velada de juegos a la que asistí un par de días después, cuando, con la mano apoyada en mi hombro, me hizo pasar al salón de los Frisbee y me presentó a Nalini, Hannah, al resto del grupo y las intricadas reglas del Speculator. Que no se me malinterprete: me gustaba muchísimo, nos enviábamos mensajes sin parar y siempre estábamos juntos en el instituto, donde empecé a sentarme a comer con él y sus amigos en el borde de la fuente central, como tenían por costumbre. Pero fue la semana siguiente, un día de clase como otro cualquiera, cuando recordaría como el momento en que nos convertimos en pareja.

La familia de Colin estaba muy implicada en la comunidad metodista de Lakeview, donde él y su padre colaboraban en la escuela dominical. Aunque Marisol pertenecía a una familia católica, no era practicante, y a mi padre y a mí la religión

siempre nos había resultado indiferente. Así que, cuando me preguntó si aquel martes quería acompañarlo al Baile Infantil anual, acepté inmediatamente, pues sentía curiosidad por ver de qué se trataba.

Era una noche templada de principios de otoño y recuerdo que me sentí extrañamente nerviosa al traspasar la puerta principal de la iglesia, que estaba muy iluminada. De repente, no sabía muy bien cómo comportarme ni cuál sería el protocolo, así que agradecí a Colin que me diera la mano.

Por supuesto, todo el mundo lo conocía y no paró de saludar a uno y otro lado mientras nos dirigíamos a uno de los bancos delanteros, donde ya estaban sentados sus padres. El oficiante, un hombre sorprendentemente joven que me saludó muy cordial, subió al púlpito poco después y dirigió una oración compartida. Vi a Colin inclinar la cabeza junto con sus padres y yo hice lo mismo, sintiendo esa paz que proporciona el silencio de tantas personas reunidas. Fue muy agradable.

El baile era una tradición anual, mitad función, mitad merienda. Todos los niños menores de doce años que participaban en actividades extraescolares habían aprendido unos cuantos pasos sencillos, y era la ocasión para engalanarse y demostrar lo que habían aprendido. El grupo de Colin era el de segundo curso. La ternura que transmitía al acompañarlos al escenario con sus coronas de papel decoradas con soles era para derretirse.

La verdad es que eso mismo era lo que yo sentía por Colin. En momentos como aquél, al verlo desenvolverse con tanta naturalidad y buen humor, no me podía creer que me hubiera elegido a mí. En Fountain me conformaba con mantenerme al margen y observar. Eso no había cambiado; de hecho, era lo que estaba haciendo en ese momento. Sin embargo, estar

con él me hacía sentir una especie de conexión. Como si estuviera vinculada a algo más grande y mejor que yo.

Cuando terminaron las actuaciones, el pastor invitó a todo el que quisiera a subir al escenario para un último baile. Llegados a ese punto, todo estaba empezando a descontrolarse rápidamente, sobre todo entre los niños más pequeños, muchos de los cuales se habían sentado o se habían escapado del escenario. Varias personas se levantaron, pero yo me quedé donde estaba, observando a Colin mientras consolaba a una niña con un vestido rosa brillante que se había puesto a llorar. Cuando la madre de la pequeña se acercó corriendo, Colin se volvió y me hizo señas para que subiera.

Hice un gesto negativo inmediatamente. Pero no se dio por vencido y volvió a hacerme el gesto universal de «Anda, ven». A mi lado, oí a su madre reír por lo bajo; ella y el señor Frisbee también lo habían visto. Quizá fuera eso, la presión del público añadido, lo que me obligó a levantarme.

Cuando subí al escenario, aquello era un caos total: padres, alumnos, coronas de papel arrugadas, niños de infantil sentados (algunos llorando). Sin embargo, Colin no apartó los ojos de mí cuando me acerqué, plenamente consciente de mi timidez. Pero entonces, con una sonrisa radiante, levantó las manos con el mismo movimiento rígido y formal que habían enseñado a los niños y me sorprendí al hacer lo mismo mientras entrelazábamos nuestros dedos. En el mismo momento en que empezó a dirigirme haciendo un paso cuadrado —adelante, derecha, atrás, izquierda—, comenzó a sonar una última canción por los altavoces.

You are my sunshine, my only sunshine
You make me happy when skies are gray

Más tarde, aquella misma noche, esas palabras resonarían de nuevo en mi interior cuando Colin me besó por primera vez, sentados en los escalones de entrada a mi casa. También pasaron a formar parte de nuestra historia, como Idaho y la cabra Seymour. Pero fue ese baile el que recordaría una y otra vez. Y es que, después de tanto tiempo quedándome al margen y sintiéndome fuera de lugar, había llegado a un sitio en el que encajaba a la perfección. Desde entonces, lo único que deseé fue quedarme allí para siempre, como un planeta en una órbita eterna.